

Julián Martel: las pesadillas de la historia

Por Pablo Ingberg

El 10 de diciembre de 1896, representantes de varios medios gráficos, entre ellos Rubén Darío, su amigo y compañero en *La Nación*, despedían los restos mortales de José María Miró, joven periodista nacido el 2 de junio de 1867 y que, con el seudónimo de Julián Martel, había publicado su novela *La Bolsa* como folletín en este diario entre el 24 de agosto y el 4 de octubre de 1891, con gran éxito de público y crítica. Poco se sabe de él, excepto que murió tuberculoso, que era miembro pobre de una familia acaudalada, que con su trabajo periodístico mantenía a su madre y a su hermana, que se contó entre los tantos que por entonces intentaron elevar su posición económica apostando a la Bolsa.

Maggi, personaje de la novela de Piglia *Respiración artificial*, refiriéndose a su presente (mucho más aciago que el que hoy nos toca vivir), hace una inversión del sentido de una célebre frase de Stephen Dedalus en el *Ulises* de Joyce: “*La historia es el único lugar donde consigo aliviarme de esta pesadilla de la que trato de despertar*”. Esté la pesadilla en el presente, como le sucede a Maggi, esté en el pasado, según Dedalus, el saber que en uno y otro tiempo las hay puede ser una forma de trascender la estrechez de miras de lo inmediato.

En 1890 hubo un famoso *crack* en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires. Poco después, una revolución desembocaba en la caída del presidente Juárez Celman. La Argentina venía de su despertar industrial, con las primeras fábricas de cigarrillos, galletitas, carruajes, chocolate, licores, calzado, fósforos, ladrillos, fideos, vinos; frigoríficos, aserraderos, curtiembres; desarrollo de la agricultura y la ganadería. La masa inmigratoria, atraída por tal florecimiento, superaba ya a la población autóctona. Se multiplicaban las empresas, los agentes de bolsa y los inversores que veían crecer su capital sin mayor esfuerzo, en tanto los bancos prestaban más a los especuladores que a empresas productivas. Era una época de “plata dulce”. Aunque la Bolsa dio un par de avisos antes del gran *crack*, nadie los oyó: fue necesario que la crisis latente estallara con toda su furia, que miles de nuevos ricos, antiguos ricos y proyectos de rico quedaran en la ruina. Tantas veces escuchamos que los problemas actuales son producto de hechos de los últimos cinco, veinte o cincuenta años, cuando la historia nos invita a una mirada más amplia.

El *crack* dio lugar a varias novelas, conocidas como “el ciclo de la Bolsa”. La de Martel es la más célebre, aunque hoy esté fuera de cartel. El subtítulo, *Estudio social*, evidencia su mayor defecto: la prédica acerca de los problemas sociales de la época (y de muchas otras épocas) interrumpe o sustituye de continuo la narración. Se han atribuido este y otros defectos a la inmadurez del autor, sus veinticuatro años al momento de escribirla. Y mucho hay de cierto, porque por otra parte hay cantidad de frases y pasajes notables. La obertura operística, bajo el resonar de la lluvia y un viento que recorre y va presentando el escenario de los hechos, puede anotarse entre las mejores páginas de la literatura argentina. En cuanto a la estructura general de la novela, en cambio, los resultados no estuvieron a la altura de las pretensiones. Dos partes nítidamente recortadas: en la primera, el florecimiento de la especulación, la calma aparente que precede a la tormenta; en la segunda, el desbande y la destrucción que suceden a ella. Nueve capítulos en cada parte evidencian una búsqueda de simetría. Pero el afán moralizador impide por momentos que la acción se avenga con el plan estructural, y a menudo se echa en falta un desarrollo que explote verdaderamente la veta narrativa. Porque, cuando está explotada, sus efectos son mucho más potentes que en la mera prédica.

El protagonista, Glow, abogado que abandonó el ejercicio de su profesión (el sudor de su frente) para dedicarse al ocio subvencionado por la especulación bursátil, viene a ser una especie de buen

hombre llevado por las circunstancias y las malas relaciones. Su sentido del honor, mantenido en medio del desastre y el sálvese quien pueda, lo conducirá con mano trágica a la locura: termina con una visión expresionista en que, literalmente, el monstruo de la Bolsa lo devora.

Párrafo aparte merece la “cuestión judía”. Mucho se ha hablado del antisemitismo en esta novela. La ola inmigratoria había producido un estado de sospecha general. Familias judías, con todo, habían llegado muy pocas por entonces, y la mayoría había ido directo al interior. El antisemitismo de Martel, si lo hay, es por ende de cuño literario: cita incluso un libro francés de la época. Las expresiones que pueden calificarse de antisemitas suelen estar en boca de los personajes, mientras el narrador mantiene distancia. No obstante, esa distancia desaparece aquí y allá. Luego, todo un capítulo se dedica al tema: dialogan el Dr. Glow y Granulillo, gerente de banco, estafador y testaferro de un supuesto “sindicato judío mundial” que “terminará imponiéndose sobre la raza aria”. El honorable Glow ataca a los “descendientes de Judas”; el estafador los defiende. Si algo puede sacarse en limpio es que (otra lección de la historia por si hacía falta) Hitler no nació por generación espontánea.

Martel escribió algunos relatos y poemas que merecen el olvido. No es el caso de *La Bolsa*: más allá de sus defectos, despilfarraba talento cuando también la novela argentina era joven. Fue material de lectura en las escuelas y tuvo trece ediciones, la última en 1975. Después de esa fecha, desapareció entre la “plata dulce”. Y no ha vuelto a aparecer. Quizá siga siendo desagradable que muchachos en edad escolar puedan leer que hace más de cien años se escribía aquí, con destellos de buena literatura, sobre crédito mal orientado, funcionarios corruptos, un ministro que “arregla” licitaciones, estafa, especulación en lugar de inversión productiva. O que hombres grandes puedan cotejar pesadillas del presente o el pasado cercano con las de un pasado más antiguo. Entretanto, las pesadillas de Martel no descansan en paz.